

Ramón del Valle-Inclán

Tirano Banderas

Novela de Tierra Caliente

Introducción y edición de Margarita Santos Zas



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Esta edición se inscribe en el marco del Proyecto de Investigación del Grupo Valle-Inclán de la Universidad de Santiago (MEC: FFI2015-70845-R); asimismo en el Programa del Plan Galego de IDT de la Xunta de Galicia (PC2014/039).

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la introducción y la edición: Margarita Santos Zas, 2017
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-556-4
Depósito legal: M. 36.371-2016
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción. Tiranía y revolución, pilares de *Tirano Banderas*, por Margarita Santos Zas
 - 47 Nota a la edición
 - 50 Notas
 - 55 Selección bibliográfica
-
- Tirano Banderas. Novela de Tierra Caliente
 - 61 Prólogo
 - 69 Primera parte. Sinfonía del Trópico
 - 71 Libro primero. Icono del Tirano
 - 83 Libro segundo. El Ministro de España
 - 91 Libro tercero. El juego de la ranita

 - 99 Segunda parte. Boluca y Mitote
 - 101 Libro primero. Cuarzos Ibéricos
 - 111 Libro segundo. El Circo Harris
 - 118 Libro tercero. La oreja del zorro

 - 133 Tercera parte. Noche de farra
 - 135 Libro primero. La Recámara Verde
 - 142 Libro segundo. Luces de Ánimas
 - 154 Libro tercero. Guiñol dramático

- 161 Cuarta parte. Amuleto nigromante
163 Libro primero. La fuga
169 Libro segundo. La tumbaga
183 Libro tercero. El Coronelito
191 Libro cuarto. El honrado gachupín
197 Libro quinto. El ranchero
205 Libro sexto. La mangana
218 Libro séptimo. Nigromancia

- 223 Quinta parte. Santa Mónica
225 Libro primero. Boleto de sombra
235 Libro segundo. El número tres
242 Libro tercero. Carceleras

- 251 Sexta parte. Alfajores y venenos
253 Libro primero. Lección de Loyola
265 Libro segundo. Flaquezas humanas
277 Libro tercero. La nota

- 287 Séptima parte. La mueca verde
289 Libro primero. Recreos del Tirano
298 Libro segundo. La terraza del club
304 Libro tercero. Paso de bufones

- 317 Epílogo

Introducción

Tiranía y revolución, pilares de *Tirano Banderas*

Lo que he escrito antes de Tirano Banderas es musiquilla de violín... Esta novela es la primera que escribo. Mi labor empieza ahora.

(Ramón del Valle-Inclán)

El 15 de diciembre de 1926, la imprenta Rivadeneyra publicaba *Tirano Banderas. Novela de Tierra Caliente*, que aparecía como volumen XVI de la *Opera Omnia* de Valle-Inclán, iniciada en 1913¹. El origen y características temáticas, técnicas y lingüísticas conferían a esta extensa novela del escritor gallego un lugar de excepción en el panorama literario de su tiempo, si bien Valle-Inclán pagó su originalidad con la incomprensión de muchos, cuando no la descalificación sin paliativos, pero también con la rendida admiración de otros. A nadie dejó indiferente. Valle-Inclán iniciaba con *Tirano Banderas* un nuevo modelo de la llamada «novela de dictador», cuya senda transitarían después, siguiendo expresamente su huella, nombres tan significativos como Miguel Ángel Asturias, Francisco Ayala, Alejo Carpentier, Roa Bastos, García Márquez o Vargas Llosa, todos ellos declarados deudores de la obra valleincliniana.

Tirano Banderas, escrita después de un largo paréntesis narrativo de su autor, representa la culminación de un proceso de renovación novelística que sitúa a Valle-Inclán entre los «maestros» de la novela del siglo XX, con un precedente propio, que nos retrotrae casi a una década antes, me refiero a *La Media Noche. Visión estelar de un momento de guerra* (1917).

También *Tirano Banderas*, como *La Media Noche*, es una novela asociada a una intensa experiencia biográfica del escritor. En esta ocasión, su viaje a México en 1921, cuyo precedente es su estancia en el país azteca en 1892-1893. Ambos viajes dejarían en Valle-Inclán una profunda huella, que tuvo su proyección literaria en sendos textos: *Sonata de Estío* (1903) y *Tirano Banderas*, respectivamente.

Con estos mimbres trataremos de dibujar en las páginas que siguen el complejo mundo de *Tirano Banderas* y su contexto.

Valle-Inclán y México: su segundo viaje (1921). De la realidad a la ficción

Don Ramón viaja a México en 1921. Lo había hecho muchos años antes, en condiciones y circunstancias muy diferentes, pero con resultados en los dos casos que trascienden la inmediatez de aquellas experiencias biográficas².

Recordemos brevemente que el 12 de marzo de 1892 un joven Ramón Valle Peña embarcaba rumbo a México, país en el que permanecería hasta el 25 de marzo del año siguiente, en que regresa a España.

Un año colaborando en la prensa mexicana y veracruzana, pero también un año en el que recorrió el país en busca de antiquísimas tradiciones, se empapó de los olores y colores del Trópico y le acompañó también el escándalo e, incluso, estuvo detenido dos veces (agosto de 1892 y marzo de 1893). Además de estas y, otras aventuras de su propia cosecha, que a don Ramón le gustaba relatar, se puede afirmar que México le dio mucho más: «Debo, pues, a aquel país, indirectamente, mi carrera literaria [...]»³, declaró al periodista Roberto Barrios en su segunda visita a aquel país. De hecho, su labor en los rotativos mexicanos le facilitaron el contacto con destacadas figuras de la intelectualidad y la literatura americana en lengua española, pues era la prensa el principal vehículo de difusión de las nuevas corrientes modernistas en México⁴.

Fue también en aquellas tierras donde adoptó el eufónico apellido de su familia paterna, tímidamente usado ya en Pontevedra, con el que en adelante rubricaría todos sus trabajos.

Este primer encuentro con «Tierra Caliente», expresión con la que va a designar aquellas latitudes en los textos nacidos de esa experiencia, va a dejar una huella indeleble en el escritor. No hay más que recordar un título tan representativo de su trayectoria como *Sonata de Estío* (1903), que tiene su origen, entre otros relatos, en *La niña Chole*, firmado precisamente en Veracruz en 1893. Otro tanto cabe decir de *Tirano Banderas. Novela de Tierra Caliente* (1926), en la que a primera vista se advierte ya su deuda con un país y unas gentes que le subyugaron desde el primer instante:

Acabamos de anclar. El horizonte ríe bajo el hermoso sol. Siéntese en el aire estremecimientos voluptuosos. Ráfagas venidas de las selvas vírgenes [...] contemplo con emoción profunda la abrasada playa donde desembarcaron antes que pueblo alguno de la vieja Europa, los aventureros españoles⁵.

Su reencuentro con México se produce casi veinte años más tarde y en este nuevo viaje hizo dos escalas en Cuba, que supusieron sendas estancias en La Habana de diferente duración⁶; y, como colofón de este viaje, Valle estuvo en Nueva York. Tanto la prensa neoyorkina como la cubana y la mexicana se ocuparon del escritor consagrado, a tal punto que el seguimiento de los periódicos permite reconstruir casi día a día y paso a paso este periplo americano, que comienza con un telegrama que el crítico mexicano, Alfonso Reyes⁷, le envía para invitarle a las fiestas del Centenario de la Independencia de México como huésped de honor del presidente Obregón. Valle aceptó de inmediato, porque, como confesó en una entrevista: «Una de las mayores ilusiones de mi vida era volver a la dorada y encantadora tierra en que pasé tal vez los años mejores y más radiantes de mi juventud»⁸. Y la experiencia adquirió singular trascendencia tanto desde el punto de vista vital como artístico.

Así fue. Valle-Inclán embarcó rumbo a México en el puerto de La Coruña el 29 de agosto de 1921. El «Oriana» levó anclas con rumbo a Vigo, La Habana y Veracruz después de haber tomado 150 pasajeros más». La prensa gallega dio cuenta en detalle de su marcha y seguiría haciéndolo posteriormente⁹. Valle llegó a la ciudad de Mé-

xico, como consta en los diarios de la capital, el día 18 de septiembre, tras una breve escala en Cuba, de cuyo puerto de La Habana salió el 13 de septiembre en el vapor Monterrey con destino al de Veracruz y de allí a la capital azteca. Este segundo viaje de Valle-Inclán a México se inscribe en unas coordenadas históricas, cuyos pilares sustentan *Tirano Banderas*: la tiranía y la revolución.

Desde el primer momento, Valle-Inclán fue considerado en México representante de la intelectualidad española y al margen de la Delegación oficial, hecho que no es fortuito porque «Valle-Inclán llevaba al Centenario de parte de ciertos intelectuales españoles, un mensaje de solidaridad con el espíritu revolucionario de México, adhesión que traía consigo una protesta ante la falta de ese espíritu en “la España oficial”»¹⁰.

Y fue precisamente esta especie de misión política extraoficial el origen de un conflicto, cuyas secuelas se prolongaron hasta más allá de su regreso a España. Este conflicto, que resumiré en breve, hay que entenderlo en el contexto del deterioro del sistema de la Restauración, que afrontaba un grave problema de terrorismo anarquista y arrastraba la sangría económica y humana de la guerra con Marruecos, que precisamente en julio de aquel año sufrió su peor derrota en Annual. En contraste con esta situación, el gobierno mexicano ofrecía desde 1910 un panorama de cambios profundos de sus estructuras económico-sociales, que desde 1920, bajo la presidencia de Obregón¹¹, habían cobrado un gran impulso, sobre todo en el desarrollo y modernización del mundo agrícola. Fueron esas políticas reformistas, que beneficiaron a más de 150.000 campesinos, pero perju-

dicaban los intereses de la colonia española afincada en México, las que veía con buenos ojos un sector significativo de la intelectualidad española, y también merecieron el aplauso de Valle-Inclán, quien consideraba al mandatario mexicano el «Gobernador más sagaz que ha tenido México»¹². Don Ramón abogó por el apoyo de España a la revolución mexicana, de la que destacaba «la voluntad de redimir al indio antes de que el propio indio sintiese necesidad de redimirse»¹³; y denunció la explotación de los indígenas («que la tierra sea de aquellos que la labran») ¹⁴. Por otra parte, ponderaba el grado de progreso alcanzado en el país, que él mismo atestiguaba, un progreso que el escritor asociaba al despertar de su conciencia colectiva: «El pueblo mexicano puede decirse que ha despertado completamente y posee una de las conciencias colectivas más desarrolladas entre los países del mundo entero»¹⁵.

Si estas declaraciones públicas generaron el rechazo de cuantos se sintieron aludidos, las duras críticas vertidas contra los latifundistas y su abierta hostilidad hacia la colonia española, provocó su malestar, extendiéndose como reguero de pólvora a la de otros países, de donde se derivaron los ataques de que fue objeto don Ramón tanto en México como en Cuba, e incluso en Nueva York, cuya estela le siguió hasta España. Sin embargo, las causas reales del litigio quedaron escondidas tras unas declaraciones del escritor a *El Universal* de México¹⁶ contra sus compatriotas y contra el propio Alfonso XIII¹⁷, que le valieron una denuncia por «supuestas injurias» al rey¹⁸. El caso llegó a los tribunales y Valle zanjó el asunto «asegurando al juez que la entrevista publicada en *El Universal* era apócrifa»¹⁹.

Esta posición del escritor gallego lo encuadraba en el sector que acudía a México «no solo para conmemorar la Independencia, sino también para celebrar el espíritu reivindicatorio de la famosa Constitución de 1917»²⁰.

Por otra parte, México agasajó a su huésped con un excepcional recibimiento, que el escritor evocaba semanas después en la prensa de La Habana con íntimo orgullo, incluso el presidente, que lo recibió en persona, le regaló dedicado su libro, *Ocho mil kilómetros de campaña*, y puso a su disposición un vagón especial, en el que viajó a Guadalajara acompañado de Pedro Henríquez Ureña, Diego Rivera, Roberto Montengro, Carmen García Cornejo, entre otros, además de varios estudiantes. Tuvo, asimismo, el reconocimiento de otros organismos mexicanos, que, como el caso de la Federación de Intelectuales Hispanoamericanos, dedicada a fomentar la unidad de las repúblicas latinoamericanas, lo nombró «presidente honorario»; fue igualmente invitado de honor en el Congreso Estudiantil Internacional, organizado por la Federación de Estudiantes de México, y en ese acto intervino arengando a los asistentes:

Yo, que siempre he sido el eterno joven, os admiro. Para conservar siempre los ideales y la fragancia juveniles, hay que dar un salto mortal, con peligro de romperse el espinazo. Y yo lo he dado [...] Seamos rebeldes. La juventud vive ahora una sincera rebeldía²¹.

Y la universidad mexicana le rindió tributo el 11 de octubre con un almuerzo-homenaje en el que estuvieron

presentes, además del rector, el propio presidente y el pintor Diego Rivera. Por su parte, el Partido Agrarista felicitó a don Ramón por sus juicios sobre los terratenientes²².

Todas estas intervenciones corroboran que la presencia de Valle en México no fue solo la de un intelectual famoso, representante de una cultura, sino que adquirió una dimensión política al enfrentarse a los intereses de sus compatriotas inmigrantes, que se irá agravando a lo largo de su permanencia en el país y aún después de abandonarlo.

De hecho, en los días inmediatos a su marcha los rotativos mexicanos recogen nuevos datos, que ilustran su controvertida figura en términos impertinentes y muchas veces agresivos, se hacen declaraciones y se publican artículos airados de españoles enfurecidos ante lo que consideran «intemperancias» de Valle-Inclán. El 6 de noviembre *El Excelsior* anuncia su partida, incluyendo una extensa entrevista en la que el periodista proporciona un dato que conviene no pasar por alto. En 1921, la noticia decía que Valle-Inclán «Escribirá una obra sobre las observaciones que ha hecho en nuestro país»²³. Y como despedida deja su famoso poema:

Indio mexicano,
mano en la mano
mi fe te digo.
Los primero
es colgar al Encomendero
y después, segar el trigo.

Por fin, el escritor emprende el retorno a España, rumbo a Vigo, la tarde del 20 de diciembre de 1921. A Galicia también habían llegado sus declaraciones y la prensa local manifestó su repudio o, en el mejor de los casos, su condescendencia, atribuyendo a la extravagancia del escritor —«son cosas de don Ramón», sus «graciosos exabruptos», decía *La Voz de Galicia* del 18 de diciembre. Pero el rechazo se advierte de forma patente en el silencio que rodeó su regreso a su tierra. En contraste, un significativo grupo de intelectuales, que se sintieron representados por el escritor, le dedicaron un homenaje en el Fornos el 1 de abril de 1922 y celebraron sus declaraciones y su actitud con comentarios en las revistas de la oposición política a la monarquía alfonsina (*España, La Pluma* o *Cosmópolis*) y Valle expuso con claridad meridiana su visión sobre la situación política del país azteca, analizando el origen de sus problemas, que achacaba a tres fuerzas: «los latifundistas mexicanos, la colonia española y los intereses americanos»²⁴.

Las declaraciones del escritor, queremos subrayarlo, no fueron fruto de su arbitrariedad o excentricidad; por el contrario, su actitud ha sido resultado de ese principio con el que se autodefinió en un periódico de La Habana en septiembre de 1921: «Yo amo la verdad». Lo sucedido en México parece obedecer a este principio, aunque tal comportamiento le convirtiese, como de hecho ocurrió, en persona *non grata* para muchos. *Tirano Banderas* es, en cierta forma, su *verdad* literaria, a pesar de que la novela no se desarrolla en México ni en ningún país concreto de Latinoamérica.

La recepción contemporánea de *Tirano Banderas*

La primera edición de esta novela vio la luz el 15 de diciembre de 1926, y justamente un año después aparecía la segunda edición también en la imprenta Rivadeneyra, el 10 de diciembre de 1927. Pero su historia textual (ver nota editorial y bibliografía primaria), aunque de breve recorrido, tiene una primera versión editada por entregas en la prensa –sistema de publicación muy frecuente en la época–; y por otra parte, la dramática historia del indio Zacarías encuentra su propio lugar como relato suelto en una colección popular, *Zacarías el Cruzado o Agüero nigromante*, el 3 de septiembre de 1926, es decir unos meses antes de la aparición de la novela. En 1929 se produce su primera traducción al inglés y en 1931 es trasladada al ruso.

En el panorama de su tiempo –y aún hoy–, *Tirano Banderas*, a pesar de haber sido considerada *rara avis*, y objeto de controversia desde su aparición, se convirtió en un referente para la modalidad genérica de la novela de dictador. Las veinte reseñas críticas que se dieron a la estampa durante el primer año de su publicación, signo del interés que suscitó, coinciden en expresar su estupor y desconcierto ante una novela que se escapa a cualquier tipificación. Pero tienden a destacar ciertos rasgos que en unos casos se leyeron como defectos de la novela y en otros exactamente al contrario: su composición, que se interpreta como fragmentaria y falta de trabazón, la dificultad de su lengua literaria, sobrecargada, a ojos de la crítica, de dialectalismos y jergalismos, que la hacen prácticamente ininteligible; mientras que otras voces crí-

ticas ponderan precisamente su construcción: «Cada una de sus escenas está trabajada y acabada como un medallón perfecto», dice Gómez de Baquero en su reseña²⁵, en la que también destaca la vitalidad de las figuras novelescas, que se dan cita en esta enorme «pintura al fresco», como otros la calificaron; o los discursos de signo distinto que se entrecruzan a lo largo de su complejo desarrollo... Se señalaron sus temas, se descubrieron sus desajustes cronológicos o ciertos anacronismos, se buscaron sus fuentes y precedentes... que solo en Hispanoamérica superan el centenar, pero ninguna otra obra se aproxima al qué ni al cómo del mundo que Valle recrea en la suya.

Tirano Banderas se resiste a agotarse, y todos los acercamientos a la novela, que han sido muchos y desde perspectivas, objetivos y metodologías diversas, siguen dejando abiertas sus posibilidades analíticas e interpretativas, que este prólogo solo aspira a abocetar en las páginas que siguen, reconociendo llanamente su deuda.

Tirano Banderas, obra maestra

La tiranía como tema, la compleja arquitectura de la novela, la premeditada fragmentación del discurso narrativo, los cambios de perspectiva, la simultaneidad de acontecimientos, condensados en el breve lapso temporal de dos días y caracterizados por la discontinuidad; el espacio múltiple, el número y diversidad de personajes –del general rebelde al burócrata, del burgués al indio, del político de oficio al caudillo, el emigrado, el diplo-

mático, el gachupín, el estudiante, el prestamista, la prostituta...– y su deslumbrante lenguaje hacen de esta novela una obra maestra²⁶.

La historia novelesca se desarrolla en un imaginario país, que Valle bautiza con el sugerente nombre de Santa Fe de Tierra Firme, sometido al régimen del general Santos Banderas, que actúa con el despotismo y la crueldad gratuita propios de un dictador, contra el que se produce una insurrección que acaba por derrocarlo.

Santos Banderas es, en efecto, un personaje-síntesis, que Valle-Inclán dibuja a base de una suma de rasgos inspirados en tiranos históricos, y en este sentido se han señalado diversas fuentes para la figura que encarna el Generalito²⁷, aunque hay amplio consenso en citar como modelo principal al conquistador Lope de Aguirre, con quien presenta claras concomitancias. Ahora bien, el propio Valle-Inclán declaró que se había inspirado en distintos modelos hispanoamericanos contemporáneos, concretamente en una carta que escribe a Alfonso Reyes, en la que le confiesa tener en el telar «La novela de un tirano con rasgos del Doctor Francia, de Rosas, de Melgarejo, de López y de don Porfirio», y Zamora Vicente en su introducción añade a esa lista el nombre del general Miguel Primo de Rivera, jefe del Gobierno español entre 1923 y 1929, que acaso pudo haberle servido de acicate, a la vez que de invitación a universalizar el tema. Por otra parte, se han dado otros nombres y se han señalado sus afinidades, pero también se han apuntado fuentes históricas para otros personajes, y valga como único ejemplo el caso de Roque Cepeda, cabeza de la oposición contra el dictador, cuyo trasunto real podría haber

sido Francisco Indalecio Madero, iniciador de la revolución contra Porfirio Díaz, insurrección que Varela Jácome compara con la liderada por Filomeno Cuevas contra Santos Banderas.

En otro orden de cosas, la figura del General Banderas –su despotismo, la dominación por el terror, su comportamiento y juicios arbitrarios– generan a su alrededor un repertorio de tipos que, como bien ha señalado Zamora Vicente, tienen como denominador común y pauta de conducta la cobardía, el servilismo y la adulación, a través de los cuales Valle denuncia la capacidad de degradar al ser humano que alcanza el ejercicio del poder despótico.

Si el déspota se ve rodeado de su propia y pequeña corte de aduladores, recordemos que Valle-Inclán había declarado a su regreso de México que el origen de sus problemas radicaba en el cruce de tres fuerzas: «los latifundistas mexicanos, la colonia española y los intereses americanos», pero si estos están representados en su novela, esta ofrece un mosaico de la sociedad hispanoamericana, que articula sobre tres figuras emblemáticas, como se ha señalado: el indio, el criollo y el inmigrante. Es clarificadora la famosa entrevista, tantas veces citada, que le hizo para *ABC* Martínez Sierra, el 7 de diciembre de 1928, en la que, además de declarar sus tres maneras de ver el mundo y a sus personajes («de pie, de rodillas y levantado en el aire»), expone con meridiana claridad su visión de la sociedad en *Tirano Banderas*:

En cuanto a la trama, pensé que América está constituida por el indio aborigen, por el criollo y por el extranjero. Al

indio, que tanto es allí, alguna vez presidente, como de ordinario paría, lo desarrollé en tres figuras: Generalito Banderas, el paría que sufre el duro castigo del chicote, y el indio del plagio y la bola revolucionaria, Zacarías el Cruzado. El criollo es tipo que, a su vez, desarrollé en tres: el elocuente doctor Sánchez Ocaña; el guerrillero Filomeno Cuevas y el criollo cargado de sentido religioso, de resonancia del de Asís, que es Don Roque Cepeda. El extranjero también lo desarrollé en tres tipos: el ministro de España; el ricacho Don Celes y el empeñista Señor Peredita. Sobre estas normas, ya lo más sencillo era escribir la novela.

Esta concepción de carácter tripartito –quede aquí apuntado para retomarlo al hablar de la construcción de la novela–, se concreta en la obra, de manera que Santos Banderas encarnaría al indio que puede llegar a ser presidente, al que retrata con todos aquellos recursos del esferpento tendentes a crear un efecto deshumanizador: Santos Banderas, de acuerdo con Zamora Vicente, se caracteriza por la hipocresía, la doblez, la crueldad, la vesania, la frialdad calculadora..., son sus «cualidades» señaladas por la voz narrativa que apostilla sus gestos y palabras: «Tan angulosa se hace su estampa, que acaba por tener aire de pajarraco de mal agüero, colocado en el campanario del viejo monasterio-residencia, casi como a punto de lanzarse sobre sus propias víctimas.»²⁸ Pero concilia los rasgos citados con «los resabios de la casta virreinal», perceptible en su religiosidad dogmática y autoritaria, en los prejuicios seudointelectuales y, sobre todo, en el desdén por el indio, al que no se le concede la menor importancia. Ese es el otro «tipo» de la novela:

el indígena. Es decir, el individuo sin derechos, sumido en la miseria y doblegado por el poderoso. En la novela representa esta figura Zacarías el Cruzado y su dramática peripecia familiar. Uno de los excepcionales personajes que Valle-Inclán trata con respeto y no somete a la lente grotesca desde la que enfoca el mundo novelesco. Es el hombre sufrido, honrado y leal, parco de palabras e inexpresivo de gesto, víctima de una cadena de abusos que culmina en la muerte de su hijito, devorado por los cerdos en su propia choza en una de las descripciones más escalofriantes de la novela:

Pasa ante el chozo abierto y mudo: Penetra en la ciénaga: El perro le insta, sacudidas las orejas, el hocico al viento, con desolado tumulto, estremecida la pelambre, lastimero el resuello: Zacarías le va en seguimiento. Gruñen los marranos en el cenagal. Se asustan las gallinas al amparo «del maguey culebrón. El negro vuelo de zopilotes que abate las alas sobre la pecina se remonta, asaltado del perro. Zacarías llega: Horrorizado y torvo, levanta un despojo sangriento.—¡Era cuanto encontraba de su chamaco!—. Los cerdos habían devorado la cara y las manos del niño: Los zopilotes le habían sacado el corazón del pecho. El indio se volvió al chozo: Encerró en su saco aquellos restos, y con ellos a los pies, sentado a la puerta, se puso a cavilar. De tan quieto, las moscas le cubrían y los lagartos tomaban el sol a su vera (pp. 205-206).

Con sus restos sangrientos en un saco al hombro, Zacarías participa en el levantamiento contra el Tirano.

Si ese indio sin derechos ocupa la parte más baja de la pirámide social, el escalón primero corresponde al crio-

llo, que en la novela está ampliamente representado por Roque Cepeda, adalid de la oposición e individuo relacionado con el mundo de la teosofía y las ciencias ocultas, presentado a veces como un iluminado, pero también se ha asociado, como ya se ha señalado, con la figura de Francisco Madero (que llegó a ser presidente de México en 1911), por quien Valle no ocultaba su admiración. Por su parte, Filomeno Cuevas, es el líder de la sublevación, cuya personalidad queda reflejada en esta declaración: «He creído hasta hoy que podía ser un buen ciudadano, trabajando por acrecentarles la hacienda, sin sacrificar cosa ninguna al servicio de la Patria. Pero hoy me acusa mi conciencia, y no quiero avergonzarme mañana, ni que ustedes se avergüencen de su padre» (p. 219). En el trazado de Filomeno Cuevas se diría que Valle-Inclán ha sintetizado un modelo para la «casta criolla».

Pertenece al mismo grupo social Domiciano de la Gándara, el Coronelito de la Gándara, fugado de Santa Fe y copartícipe en el levantamiento..., aunque ambiguo en su proceder. Es un personaje que, como más de una vez se ha apuntado, parece responder a una visión crítica del autor que perfila un tipo de militar cuya obsesiva voluntad de mando es más potente que la firmeza de sus convicciones. De ahí su oscilante proceder. A ellos se suman, finalmente, el Licenciado Sánchez Ocaña, cuyos discursos políticos obedecen al retoricismo ampuloso y vacuo que en el fondo solo rinde culto a su propio ego, e igualmente, Veguillas, Doña Rosa Pintado...

Resta ahora mencionar el último tipo de personajes en torno al que, a juicio de Valle-Inclán, se articula la socie-

dad latinoamericana. Es el extranjero («¡Muera la tiranía! ¡Muera el extranjero!», grita la multitud en el Circo Harris), que Valle presenta en plural como seres egoístas y avariciosos, desentendidos de los problemas del país que los acoge y muestra una visión grotesca de quienes integran este sector en las reuniones que celebra el «Honorable Cuerpo Diplomático».

Si don Ramón ridiculiza a este colectivo, su acidez crítica se exagera al ocuparse de la «colonia española», en la que destaca a un diplomático de conducta escandalosamente frívola e irresponsable (el barón de Benicarlés), un empeñista usurero, «el honrado gachupín» se le designa irónicamente, don Quintín Peredita; y el «ricacho» don Celes o la madama de un prostíbulo... Son los gachupines, o en su forma colectiva, la «gachupía», aduladores con el dictador para proteger sus propios intereses: «[...] una endomingada diputación de la Colonia Española: el abarrotero, el empeñista, el chulo del braguetazo, el patriota jactancioso, el doctor sin reválida, el periodista hampón, el rico mal afamado, se inclinaban en hilera ante la momia taciturna con la verde salivilla en el canto de los labios» (p. 74). No se olvide que fueron ellos precisamente, los gachupines, los que arremetieron en México contra Valle-Inclán porque sus declaraciones atentaban contra sus intereses; y ahora el escritor no es condescendiente con ellos.

Cerraba Valle-Inclán la enumeración de los tres tríos de personajes con estas palabras: «Sobre estas normas, ya lo más sencillo era escribir la novela». Veamos cómo lo hace.